

parte, el tema tiene un doble interés para nuestro país; el continente africano es un importante productor de cobre —como ya lo indicamos— pero además, los esfuerzos de dichos pueblos por alcanzar su independencia y esta-

blecerse como naciones, integrándose a un movimiento continental que facilite el desarrollo económico, deben ser seguidos muy de cerca por nuestras naciones subdesarrolladas y divididas de América Latina.

RAMÓN EYZAGUIRRE

GRAN BRETAÑA Y ALEMANIA

BRITAIN AND WEST GERMANY; edited by Karl Kaiser and Roger Morgan, *Royal Institute of International Affairs*, Londres, 1971.

Este volumen contiene un amplio prólogo y doce capítulos, seis cada uno por autores alemanes y seis por autores británicos, todos participantes en una conferencia que tuvo lugar en Londres (1969), convocada bajo el auspicio conjunto del *Royal Institute of International Affairs* y la *Deutsche Gesellschaft für Auswärtige Politik*.

No puede imaginarse una conferencia más selecta.

Al mismo tiempo se hace difícil comentar este libro por el hecho que doce autores distintos hayan tratado temas, en esencia, similares, lo que produce un cierto *overlapping* y obliga a repetir conceptos.

En el prólogo se sostiene que desde la mitad de la década de 1960 se ha hecho costumbre reconsiderar el papel internacional que le corresponde o le correspondería a Gran Bretaña y Alemania Occidental y a ambos en conjunto. Entre los argumentos hay uno que me parece discutible.

Dicen los señores Karl Kaiser y Roger Morgan que "while Britain is attempting to reduce her world-wide involvement and to orient her main activity towards the developed hemisphere, particularly towards Western Europe, West Germany, fully aware of her li-

imited margin of manoeuvre and her limited resources, is rediscovering world politics, and is assuming a more important role inside Europe".

Creo que los problemas imperiales de Gran Bretaña, cuyo debilitamiento se inició en 1921 durante la Conferencia de Washington, se han completado y no queda nada importante que reducir. Tan es así que se incorporó al Mercado Común Europeo teniendo que bregar varios años por su admisión. Por otra parte, parece que Alemania Occidental llegó al apogeo de su capacidad económica, sufriendo ya una disminución durante 1971, agravada además por la reciente desvalorización del dólar, lo que también la afecta dentro del Mercado Común y en el comercio con el exterior.

Hago esta observación por cuanto la reconsideración del problema angloalemán es anterior y data de los años 30. En esa fecha se publicaron numerosos libros sobre este tema, puesto que la rivalidad entre ambos países, iniciada alrededor de 1900, ya había causado suficientes estragos.

Algunos de los libros de la década de 1930, fuera de los internacionalistas propiamente tales, que podrían citarse son: *Britain faces Germany* de A. L.

Kennedy, *Ourselves and Germany*, de Lord Londonderry, *Germany what next*, de L. S. Amery, *England Heute und Morgen*, de K. v. Stutterheim, *Wie stark is England*, de Graf Pückler, y terminó citando sólo dos más que hay que tener siempre presente: *The Secrets of Crewe House*, de Sir. C. Stuart y *Three wars with Germany*, de Sir Reginald Hall.

Pero vamos al comentario del libro. El primer capítulo está a cargo de Karl Kaiser y se refiere al ambiente, al clima en que se desenvuelve Gran Bretaña y Alemania frente a otras naciones, tomando en consideración lo que según Kaiser es el concepto moderno de "nation-state" y todas sus implicaciones, entre otras el tradicional eslabón entre poder militar y poder político. Recuerda que las dos Alemanias sirven de avanzada para dos sistemas políticos hostiles y tienen, además de un problema de aspecto doméstico, una peligrosa dimensión internacional.

El segundo autor es Michael Donelan y trata un tema similar. Recuerda la drástica reducción de potencia mundial de ambos países que los ha obligado a adecuar sus políticas internacionales más a la necesidad que a las propias preferencias. Considera que el problema soviético perdurará, ya que nada en la tradición política de Rusia o en la teoría comunista o en los países satélites sugiere que le sea fácil a la Unión Soviética transformar un imperio basado en la fuerza, en alguna convivencia de carácter más estable.

El siguiente tema "El Conflicto de las tradiciones" es tratado por Waldemar Besson. Se inicia estableciendo que la política exterior de un país requiere coordinar las ideas, conceptos y prin-

cipios con especial referencia a la experiencia, al significado de anteriores situaciones, en otras palabras a la tradición, que influye tanto en el presente como en el futuro.

Esto lo subraya al recordar el año 1945 en Alemania y la toma del poder por Adenauer, lo que se considera una ruptura con toda la política germana anterior. La política prusiana de Bismarck que consideraba a Alemania un puente centro europeo entre occidente y oriente sin comprometerse con ambos.

Joseph Frankel se encarga del próximo capítulo referente a la política exterior británica. Se inicia observando que no puede haber una política exterior, sino varias políticas, ya que al menos, en la época imperial, debían coexistir puntos de vista conflictivos, a veces incómodos e indefinidos a varios niveles de prioridad. Yo agregaría que es la política del "expediency". Tenían para Europa el principio del "Balance of Power"; el principio de los "Open Seas" estaba basado en el control marítimo total por parte de Gran Bretaña.

El próximo autor es Wolf-Dieter Narr y trata sobre los aspectos sociales de una política exterior, la que según el señor Narr está siempre dominada por factores económicos, advirtiendo sí que es un tema que carece de data adecuada y precisa, para comentarlo en profundidad.

Philip Abrams continúa, en el próximo capítulo, con el mismo tema, pero bajo otro enfoque. Se refiere al temprano y rápido desarrollo de una industria capitalista en Gran Bretaña, bajo la dirección de una clase poseedora de tierras, aristocrática, que re-

presentó el "Establishment". La continuidad de esta clase en el manejo de los asuntos públicos, se aseguró, al abrir y facilitar carreras políticas en forma deliberada a no aristócratas, cuya actuación era premiada con honores personales. Yo agregaría que la cantidad de miembros del "Labour Party" o socialistas, que han recibido títulos de nobleza es impresionante.

Abrams sostiene que la virtual separación entre la política exterior, con la política doméstica, era mantenida esta tradición "aristocrática" en el servicio exterior hasta hoy y es un factor de singular importancia para apreciar la política social de Gran Bretaña.

El capítulo séptimo por Arnulf Baring se intitula "La política exterior alemana y sus instituciones". Desde hace 100 años, acota Baring, la política exterior alemana reflejaba las contradicciones entre la sociedad alemana y su sistema de Gobierno. Debido a ello, no es de extrañar que esas políticas y esos Gobiernos, han sufrido colapsos totales. También falta un "Establishment" similar al británico a lo cual se agrega que Bonn es y ha sido una capital de emergencia, distinta de París, Londres, Viena, etc.

Un punto a favor es la solución federal —la de los "Länder"— que resultó por la presión francesa y norteamericana de posguerra, sistema que tenía aplicación en Alemania desde antaño. Esto reemplazó en parte los inconvenientes de Bonn como capital. A su vez, la falta de una élite —decimada por las dos guerras— hace recaer en el Canciller la responsabilidad principal en la conducción de los negocios internacionales. Agrega que Bismarck consideraba las fronteras de 1871 como

adecuadas. Hitler persiguió su "Drang nach osten" para fundar en Eurasia un gran imperio y Adenauer enfocaba una República Federal que incluyera ambas Alemanias, partidaria de las democracias occidentales. Los tres, al caer, arrastraron consigo sus respectivas políticas exteriores.

Es por eso que Brandt ha podido implantar una nueva política alemana hacia el este, encarando problemas tan vitales como la frontera del Oder/Neisse, las relaciones comerciales con la Unión Soviética y sus satélites, etc.

El siguiente tema "La política exterior británica y sus instituciones" es tratado por Anthony Sampson. Advierde desde luego —como ya lo hizo Abrams— que la dirección de la política exterior está en manos de funcionarios, pertenecientes a una élite de tradición aristocrática, lo que les da una cohesión en el trabajo que es de gran importancia. Agrega que si bien el Foreign Office actúa con mucha independencia, en los últimos años ha intervenido bastante el Ministerio de Hacienda y el de Defensa. Un caso que comprueba este aserto, son las gestiones para la incorporación de Gran Bretaña en el Mercado Común. También influye en reducir la independencia del Foreign Office los distintos nexos que emplean instituciones como "Nato", el "Gatt", EFTA, Unesco, etc. Sampson cree que debería irse a un cambio fundamental en el Foreign Office y que éste debe adaptarse a la nueva situación de Gran Bretaña, antes un gran imperio, ahora un integrante del Mercado Común Europeo.

El noveno capítulo a cargo de Herman Proebst se refiere a las "relaciones germano-británicas de posguerra".

Recuerda el autor que a la época de la conferencia de Teherán, los aliados sólo tenían como fin el destruir a Hitler y el Nazi-Reich, de modo que Gran Bretaña carecía de una política frente a Alemania, la que no mejoró al sesionar en 1944 y bajo la Presidencia de Anthony Eden el "European Advisory Commission", hasta que en la Conferencia de Potsdam se impuso el criterio de Stalin de dividir Alemania en dos.

Nada sacó Bevin en 1948 al enrostrarle a los soviéticos el incumplimiento de compromisos contraídos. Las elecciones de 1949 sirvieron para modificar fundamentalmente la actitud británica hacia Alemania. En 1950 Gran Bretaña junto con Francia y Estados Unidos habían declarado formalmente que un ataque a Berlín se consideraría como un ataque a ellos mismos.

Sólo en 1957 se permitió a Alemania establecer un Ministerio de Relaciones y acreditar misiones en el extranjero. Estamos en la era de Adenauer. Considera Proebst que la visita del Presidente Theodor Heuss a Londres en 1958, la visita de la Reina a Alemania en 1965 y la del Canciller Brandt en 1970 son signos inequívocos de un acercamiento que todavía es difícil, pero que avanza hacia una reconciliación.

El siguiente capítulo, sobre el mismo tema, tiene como autor a D. C. Watt. Establece que para las relaciones germano-británicas, los años 1955 y 1956 son cruciales. Prima la retirada de Gran Bretaña de su status imperial y las relaciones anglo-norteamericanas.

Analiza estas últimas y sostiene que una actitud inamistosa de EE. UU. en el año 1940 hacia Gran Bretaña, a

raíz de ser ésta expulsada militarmente del continente europeo, hubiera hecho necesario un compromiso anglo-alemán en cualquier forma que hubiera sido posible.

Enumera los problemas en los años 1958 a 1963 en forma similar a Proebst, para reconocer como cambio fundamental en la política británica su ingreso al Mercado Común Europeo.

Hace después un resumen de las relaciones anglo-alemanas, cuya crisis se inicia en 1900, para comentar posibles soluciones europeas, incluso y frente a EE. UU. Considera como las más probables dos. La primera sería Gran Bretaña unida por pactos con Alemania y EE. UU. Francia aislada. La segunda fórmula que traduce el pensamiento del autor sería Gran Bretaña unida a Alemania y Francia, EE. UU. aislado.

En cuanto a realidades pide a Gran Bretaña, Alemania y Francia que con tino y paciencia, con sentido común, procuren borrar las animosidades que, exacerbadas por políticos y prensa, afloraron durante las dos guerras mundiales.

Al comentarista le llama la atención que los dos autores sobre relaciones germano-británicas no mencionen casi a Sir Winston Churchill, lo que hace pensar que ahora se aprecia su personalidad bajo un enfoque más realista.

El penúltimo tema, "La República Federal y su rol en la Comunidad de las Naciones", está a cargo de Hans-Peter Schwarz.

Comenta las dificultades que se presentan para definir el status de la Alemania actual como gran potencia, potencia mediana o pequeña potencia, complejidad que lo induce a ser con-

trario a esta clase de definiciones para reemplazarlo por un concepto de "interdependencia".

Explica que desde 1940 la posición de EE. UU. y la Rusia Soviética como verdaderas superpotencias, hace necesario redefinir las antiguas escalas de clasificaciones.

Aunque sería cortés clasificar a la Alemania Federal y al Japón como grandes potencias, la libertad de acción de ambos en el terreno de la diplomacia está debilitada por su posición geopolítica, como por sus realidades históricas, aunque sus potenciales económicos estén entre los mayores del mundo. Esto restaría consistencia a la clasificación y por ello, el autor prefiere usar el término de grandes países industrializados.

Agrega que hace algunos años se hablaba de la Alemania dividida, en cambio hoy se habla de su poderío económico. Y este poderío se ejerce sin fijarse en la o las ideologías de la parte contratante.

Schwarz termina recordando que Alemania Federal tiene dos problemas que debe considerar en todas sus actuaciones: La Unión Soviética y la partición de Alemania. Aunque no se mencionen ni se comenten están siempre en el

trasfondo de la realidad germana, afectando todo, especialmente en sus actuaciones comerciales. Y también tiene importancia su dependencia de los EE. UU. —política que se mantiene invariablemente desde 1949.

Cualquier modificación de este sistema haría necesario un entendimiento con el bloque soviético —lo que se traduciría, según Schwarz— en la desaparición del régimen democrático en Alemania.

Termina el libro con un capítulo de Roger Morgan sobre el papel de Gran Bretaña como potencia media. Objeta que a un país se le asigne un papel cuando la política exterior debe estar basada en definir y proteger sus intereses.

Agrega, después de varios considerandos, que el papel de Gran Bretaña deberá ser el de una nación europea —buscando con otros países europeos— la fórmula que permita a una agrupación de países europeos occidentales influir ante las superpotencias.

Termina así un breve comentario de un libro interesantísimo que permite escudriñar con un enfoque actual, las relaciones de dos naciones cuya amistad y colaboración son esenciales para el devenir de Europa.

J. L. FISCHER

K. BIEDA: THE STRUCTURE AND OPERATION OF THE JAPANESE ECONOMY. WILEY, 1971

En los últimos años ha sido impresionante el aumento del interés de los países latinoamericanos en Japón, tanto por la posibilidad de aprovechar la experiencia de su desarrollo como por la alta potencialidad del mercado ja-

ponés. En efecto, se habla del milagro brasileño y algunos economistas estudian su similitud con la economía japonesa. Esto fue de tal magnitud que el doctor Roberto Campos tuvo que escribir su artículo "Falsa analogía del